

BREVES OBSERVACIONES

A

“LA RAZON”

Y

LOS RACIONALISTAS

II

Diciembre 7 de 1895



QUITO

IMPRESA DEL CLERO

RECELOS INFUNDADOS.

NO hubo jamás situación más desesperada que la de María Teresa de Austria, cuando el año de 1742 vió repartirse sus Estados por las potencias vecinas, sin que le quedase más que girones de ellos, de los cuales todavía eran los más importantes la región húngara y los Países Bajos. El perjuro Federico II de Prusia, el Mariscal de Bellisle y el Elector de Sajonia, ocupaban la mejor porción del territorio austriaco.

Dotada la reina de las cualidades más sobresalientes, veía que no era el peor mal la desmembración de su patria, sino las preveniciones que contra ella existían en la mayor parte de sus pueblos, los cuales no podían ser salvados sino por ella. Ni Trenck, ni el príncipe de Lorena habían asomado aún. ¿Qué hará la reina, en cuya alma hierven los más patrióticos sentimientos? Una súbita inspiración le sobreviene. Hungría está allí; la fiel, la caballerosa Hungría, la región de los legendarios *madgiares*; vuela allá, convoca á la Dieta y se presenta ante ella con el traje nacional, que recuerda á los húngaros sus antiguas glorias, deslumbrante de hermosura, ceñida la frente con la corona an-

gética y llevando en brazos á su tierno niño, en demanda de protección. Sus palabras son breves; mas hablan sus ojos y los vagidos del infante. ¿Qué prevenciones caben contra la varonil mujer, que viene á hablarles de la independencia nacional y de los beneficios que la patria debe á sus mayores? Una conmoción incontenible gana á la asamblea, todos los corazones se agitan, el entusiasmo desborda, un grito inmenso resuena: “Muramos por nuestra reina María Teresa”; el numeroso pueblo agolpado en las afueras repite: “Muramos por nuestra reina María Teresa”; todo el mundo toma las armas, el Austria está salvada. ¿Qué se hicieron las prevenciones contra la augusta reina?

Veinte veces ha salvado la Iglesia al mundo, y no obstante hay quienes más obstinados que los *panduros*, guardan sus recelos contra ella. Sería el caso de salir por todas partes á preguntar con aquel griego del tiempo de Aristides: “Amigo ¿estás contento con que viva en Atenas el más justo de los griegos, ó pides su destierro?”—“Debe ser inmediatamente extrañado.”—“¿Qué motivo tienes para ello? ¿qué sino favores le adeudas?”—“Pues precisamente porque favores le debo, le he cobrado rencor, y por Plutón, dios del Averno, no gusto de encontrarme con él, y ya estoy fastidiado de tanto oír llamarle el justo.”

Aristides no tardó en salir de Atenas, y la tiranía no tardó en establecerse en aquella tierra, en que todos querían mandar y nadie obedecer.

Emperador, monarca, presidente de una República, hombre investido del poder en una palabra ¿temes á la Iglesia? Teme más bien á los que te azuzan contra ella, á los que te ponen en

la mano una espada para que hieras los pechos que amamantaron á los pueblos. No fueron grandes, ni poderosos, ni siquiera previsores los Césares romanos, cuando quisieron ahogar en sangre la idea cristiana, cual si las ideas generadoras de la verdadera libertad sufriesen ser ahogadas en sangre. En la sombría majestad de la edad heroica del Cristianismo, son grandes esos esforzados confesores, que como ciudadanos dependen del César, pero como hombres sólo de Dios; son poderosos esos Pontífices, que no cuentan con un solo pretoriano en su defensa, mas sí con la fuerza de su conciencia, bastante para levantar en peso la Roma subterránea y reemplazar con ella á Roma la degradada; previsores esos mártires, que se iban camino del suplicio mirando ya la transformación futura de los pueblos por obra del amor, vencida la fuerza brutal y proclamada la santa igualdad de los hijos de Dios, la fraternidad de origen y nobilísimo destino, y, por remate, la unidad de fe que estrecharía á todos los hombres con íntima y amorosa lazada.

Esos letrados, esos periodistas de á tanto la línea, que te quieren absolutamente independiente de las suaves influencias de la Iglesia, proclamarán mañana los derechos ilimitados de la razón individual, la soberanía de la razón de todos contra tu razón. ¿Qué valdrá tu derecho en conflicto con los derechos de todos? Ella sola tiene el secreto de hermanar la autoridad y la libertad, ella la que posee la palabra oportuna para enseñar á los gobernantes á respetar los derechos del pueblo, y al pueblo á prestar un sometimiento digno é inteligente á los gobernantes.

Sabios de todo linaje! ¿Véis allá, en el

fondo del templo, en esa cátedra primorosamente labrada, un libro que lee un modesto sacerdote y lo interpreta en lenguaje destituído de retórico ornamento? Ese libro es más leído que todos vuestros libros; ese sacerdote más escuchado que todos vosotros. Si le arrojais del templo, ese hombre no callará; donde quiera que haya un puñado de hermanos suyos menesterosos de enseñanza, en cualquier lugar donde haya seres inteligentes, allí improvisará una cátedra y su templo será la bella y vasta naturaleza. Saca su fortaleza de ese libro. De allí mana á raudales una ciencia y una sabiduría que arrojan lampos de luz sobre todo cuanto vosotros estudiáis con tan penosa labor en vuestros retretes, donde tiene su cubil la desesperante duda. Son la ciencia y la sabiduría al propio tiempo doctrinales y prácticas de la Iglesia, ciencia más segura que todas vuestras pobrecitas ciencias, sabiduría más fecunda que toda vuestra sabiduría, ciencia y sabiduría que vuelven á la vez doctos y sociables á los pequeños y los grandes, á los fuertes y los débiles, porque inspira á todos doctrinas de infalible adaptación para el entendimiento, y espíritu de abnegación para la voluntad. Ah! Señores sabios; curioso descubrimiento es sin duda hallar la composición química de los músculos, pero más interesante es saber lo que será de nosotros más allá de la fría y oscura tumba; plausible, á ojos vistas, descubrir una clase más de orquídeas, que lleve el nombre de un botánico; pero más útil aun, investigar si se verá satisfecha en alguna parte ese ingénito anhelo de justicia que abrigamos, y si nuestras buenas obras serán recompensadas y nuestras malas castigadas.

Magistrados, encargados de la ley y de la distribución de la justicia; habéis reparado muchas veces, medio oculto en la penumbra del santuario, ese humilde asiento formado por algunas tablas mal unidas. Allí, allí falla el primer representante del Juez de cielos y tierra, allí en la intimidad de una reserva garantizada por el mismo Dios, se administra la alta justicia de la Iglesia; justicia más segura, más infalible y eficaz que la vuestra, puesto que recae sobre un criminal que se acusa y ejecuta al mismo tiempo, porque ella corrige y consuela condenando, declara la rehabilitación al tiempo que exige la expiación; porque las penas que impone y las esperanzas que devuelve al corazón, exceden á todas las de vuestros códigos de vida efímera, con toda la altura de la eternidad sobrepuesta al tiempo. Y esa justicia es universal, no conoce lindes que la limiten; todas las puertas se abren delante de su misterioso é inexorable agente, porque este agente es la conciencia!

Ni hay frente tan alzada, ni rodillas tan inflexibles que no deban doblarse delante de ese augusto tribunal: todos los hombres son justiciables, todos, desde el más desharapado mendigo, hasta los jueces de la tierra, hasta el sacerdote mismo. De allí se alza el hombre rebosando en generosos propósitos, de allí saca la excelsa caridad, el perdón de las ofensas. ¿Se arrodilló para levantarse hasta Dios? Luego es hombre: el bruto no se arrodilla sino para servir al hombre. ¿Se venció para vencer los degradantes estímulos de la parte más envilecida de su ser? Luego es grande; el vencimiento es fuente de heroísmo. ¡Oh adorable igualdad de las almas ante aquel tribunal,

que tantos delitos previene y tanta dignidad engendra !

Ah, señores, de las clases influyentes; no tengáis recelos de la Iglesia. Ella puede irse camino de lo desconocido segura sin vosotros; ¿ podéis ir allá seguros sin ella ?

ERRORES HISTORICOS.

¿ Cree el Sr. Peralta que el sacerdocio católico fué instituído por Brahma ó Visnú ?

¿ Se imagina que el cristianismo pudo emprender la estupenda obra de regenerar el mundo pagano sin el sacerdocio ?

Los sacerdotes cristianos, instituídos directamente por el divino Fundador de la Iglesia en la persona de los Apóstoles y discípulos, para ser los depositarios de su altísima doctrina y dispensadores de su poder hasta la consumación de los siglos, comenzando por proclamar los principios de libertad y de moral, despertaron en los paganos los sentimientos de dignidad. Obispos y sacerdotes fueron, los que se echaron á recorrer toda la tierra anunciando la buena nueva; y como consecuencia de ella, las doctrinas de igualdad de los hombres.

Esto calla el Sr. Peralta en su relación, y si concede, como no puede menos de conceder, la sobrenatural y rapidísima difusión del Evangelio, junto con las enseñanzas de caridad, tolerancia, igualdad y progreso, no lo atribuye en manera alguna á la acción de los sacerdotes, cual si las nuevas doctrinas no hubiesen habido ménester de predicadores y propagadores para su rápido desarrollo. Por el contrario, en vez de tirarse de rodillas ante esa admirable jerarquía sacerdotal de constitución tan robusta, la primera en admitir el sistema electivo, tan eminente en virtudes heroicas, sólo se acuerda de ella para

decir que fué un bando teocrático, fautor del despotismo; que se apoderó de la nueva doctrina, la desfiguró arrastrándola por el fango, y que fué el aliado y sostenedor de los verdugos de las pasadas generaciones. Todo este sartal de errores históricos, y cien más que no citamos por no fastidiar á quien puede leerlos, con su característica crudeza en *La Razón*, (pág. 12) no merecen respuesta por lo vagos é inconexos, y porque no traen citas históricas en su apoyo.

Real y verdaderamente, ¿á quién hará creer el Sr. Peralta que san Pedro, el primer Obispo y Pontífice de Roma, haya convertido la Religión como medio de satisfacer la avaricia, la gula, la ira y la soberbia, ni que él fuese aliado de Nerón? Trescientos años dura la más cruel, horrenda y sanguinaria persecución que hayan visto los siglos, y el sacerdocio es el que más generosamente prodiga su sangre y se entrega á los suplicios más refinados, para que el Sr. Peralta venga al cabo de centurias, á decirnos con una frescura que pasma, que aquel fué el sostenedor de los verdugos de las pasadas generaciones, y el que trasplantó á la Iglesia de Cristo las abominaciones de la antigüedad pagana. ¡Donosa manera de sostener tiranos y de confabularse con ellos, ésta en que los sostenidos, por pronta diligencia, le arrojan á uno á las bestias feroces, le descuartizan vivo, le siegan el cuello ó le echan á la hoguera!....

Curiosa sí, á no dudarlo, esta alianza de la superstición y el despotismo, amistosas estas relaciones de los Emperadores romanos con los Pontífices, ó sea "la avaricia, el fraude, la mentira, la intolerancia, el odio profundo, la crueldad sistemática, el latrocinio, la ignorancia, el sacrilegio, el envilecimiento" (pág. 12) representados por los santos Pedro y Pablo, por Lino, Clemente, Ignacio de Antioquía, Justino, Dionisio Areopagita, Telésforo, Justino Atenágoras, Orígenes, Policarpo, Tertuliano, Ireneo, Alejandro, Lactancio, Ponciano, Sixto, Saturnino y diez mil sacerdotes más, frente á la mansedumbre, dulzura, tolerancia, religiosidad, verdad, probidad, magnanimidad, sabiduría y castidad representadas

en Nerón, Mesalina, Domiciano, Severo, Caracalla, Heliogábalo, Maximino, Decio Macrino, Galerio y Diocleciano.

Ahí es nada lo anterior, si se compara al temeroso cargo que formula contra los sacerdotes, cuando dice que ellos "bendijeron la tiranía en nombre de Dios y de su Cristo, y execrando la libertad mataron el porvenir de los pueblos" (pág. 12). Tan grande es este error, que para demostrar al Sr. Peralta su enorme magnitud, nos ha de permitir entrar de lleno en la cuestión que más relación tiene con la dignidad humana y su libertad.

El clero emancipó á los esclavos, y por el mismo caso operó la más profunda transformación social, que se haya hecho jamás en el sentido de realzar la dignidad humana.

No haremos al Sr. Peralta, la injuria de creer que ignora las palabras proferidas por Nuestro Señor y transmitidas en el Evangelio por los sacerdotes y santos Mateo y Lucas, en cuanto á la ley de caridad, que debe presidir entre los hombres como hijos de un mismo Padre. Suponemos que sabe, igualmente cuantas veces el sacerdote san Pablo dirigiéndose á los fieles de Tesalónica, Galicia y Corinto sentó los sublimes fundamentos de la emancipación de los esclavos, en favor de los cuales, los filósofos antiguos, tan alabados por los racionalistas, nunca tuvieron una sola palabra de conmiseración. Prescindamos también de citarle los textos de los Santos Padres en igual sentido, y vamos á ver cómo desenvuelve el clero esa pasmosa transformación, sin herir los intereses generales, ni ocasionar pobreza y ruinas, por una rápida é imprudente acción reivindicatoria.

Hermes, Prefecto de Roma, concede la manumisión á mil doscientos esclavos, por insinuación del Papa Alejandro.

Cromacio, igualmente Prefecto de Roma, exclama en recibiendo el bautismo: "Los que son admitidos á la categoría de hijos de Dios, no pueden ser esclavos de los hombres". Apóstoles de la igualdad

humana son los Obispos ó sacerdotes Entadio, Cesario, Eubicio, Eloy, Gregorio, Epifanio, Avito, Germán y Amando.

Constantino, el primer Emperador cristiano establece la manumisión de los esclavos, ante el concurso de los Obispos y de gran golpe de gente, y ya no sorprende que Calixto, esclavo manumitido, asienda hasta la Catedral de san Pedro.

En el siglo iv, el Concilio de Elvira fulminó castigos contra los amos que maltratan á sus esclavos. El de Efeso declara el derecho de refugio para éstos en los templos. El Concilio de Orléans, manda que ningún esclavo refugiado sea devuelto á su amo, si antes éste no jura no maltratarlo. Si á pesar del juramento lo maltrata, sea excluído de la comunión de los fieles.

El año 441 el Concilio de Orange amenaza con censuras eclesiásticas á los que intenten esclavizar de nuevo á los manumitidos; el de Agde, en el Languedoc, secunda esas disposiciones, no menos que uno de París.

El Papa san Gregorio trabaja empeñadamente en hacer desaparecer la esclavitud. "Acción salvadora es reintegrar por el beneficio de la manumisión á la libertad, á hombres que la naturaleza creó libres y el derechos de las naciones sometió á la esclavitud", dice el insigne Pontífice civilizador de Inglaterra, en un decreto inmortal como su nombre. (1)

La admisión de los esclavos á la vida religiosa fué otro paso decisivo, según Moëller.

"El sacerdocio cristiano fué quien destruyó la esclavitud tan antigua como el mundo, dice Rubichon (2), porque por vez primera en el mundo el sacerdocio se compuso de hombres célibes, reunidos en asociaciones para ponerse al servicio de los necesitados".

En la Germania los monjes que adquirían tierras, daban libertad inmediatamente á los esclavos

(1) Decret. Grat., pars II, pág. 110.

(2) Rubichon.—Mecanismo de la sociedad en Francia é Inglaterra, pág. 264.

adscritos á ellas. San Gregorio no tarda en instituir la obra de la redención de los cautivos. Antes de él el Papa Símaco compraba esclavos para libertarlos, y el mismo Gregorio vendía con este objeto los vasos sagrados. (1)

Tan nobilísimos ejemplos encuentran solícitos imitadores: Esmeraldo recomienda á Carlomagno y Luis el Piadoso en 790 que liberten los esclavos adquiridos en la guerra; san Germán, Arzobispo de París, los Obispos Acacio, Wilfrido, Rimberg venden los vasos sagrados para rescatar cautivos destinados á la servidumbre; san Paulino de Nola se vendió á sí propio para rescatar el hijo de una pobre viuda; Wulstan, Obispo de Worcester, hace cesar el tráfico en Bristol; el Arzobispo de Bremen-Hamburgo emplea todas sus rentas en la misma obra; san Exúpero de Tolosa, Theodoreto y Epifanio de Pavía no ceden en celo á los anteriores; Acacio de Amida rescata ocho mil persas, los Obispos de Cartago, san Juan Limosnero, Eristo, Privario de Lyon son los precursores de la Orden mercedaria; los santos Fructuoso de Tarragona, Riquerio, Batilde, Anscario Apóstol de Dinamarca no reconocen rivales en esta obra. Este último fundaba escuelas para los esclavos libertados, y ellos á menudo se convertían en apóstoles de la Iglesia su libertadora.

¿Sabe el Sr. Peralta, quiénes fueron los adversarios más tenaces é implacables de los sacerdotes en su obra redentora? Los que podríamos llamar racionalistas de ese tiempo, los tratantes en esclavos, esos que remachaban las cadenas de sus hermanos calumniando al clero y se andaban por todos los mercados de carne humana vilipendiando á los Pontífices. Formidable fué su oposición á la Iglesia, y no empezaron á darse á partido sino allá por el siglo VII, después de que san Gregorio hizo entender que aquel comercio era homicida, y que san Bonifacio, apóstol de la Germania, consiguió hacer cesar los sacrificios humanos y la venta de esclavos para esos sacrificios. El Papa Zacarías había fulminado exco-

(1) Anastas. in Symmachum.

maniones contra esos tratantes, y el Concilio de Co-blentz en 922 da de matador de hombres al que incita á los cristianos á venderse. Parecido es el proceder de los concilios de Aenham en 1009, de Londres en 1102, reunido por san Anselmo. La Historia recuerda igualmente los esfuerzos de san Adalberto de Praga y de Gunhelmo de Suecia. En 1167 Alejandro III reitera las censuras, y más tarde Gregorio IX y Alejandro IV condenan enérgicamente los abusos provenientes de la servidumbre y el vasallaje. Lo que después hicieron los santos sacerdotes Juan de Mata, Pedro Nolasco y cien más, recordármolos á su tiempo.

Diversa es la esclavitud de la servidumbre; ésa importa la sujeción del hombre al hombre, ésta la sujeción del hombre á la gleba. Ya diremos cuando llegue el caso, lo que el sacerdocio trabajó en este sentido para operar una verdadera revolución, que para llegar á término, hubo menester de treinta y siete concilios, no obstante las invasiones sucesivas de los bárbaros, sarracenos, normandos y daneses, como lo observa el protestante Blakey. (1)

Pero, vengamos ya á una tentadora cita que está asomando la cabeza en la pág. 13, pues es de saber que nos perecemos por las citas del Sr. Peralta. Oigámosle á él: "Cuando Gregorio IX pasó por Marsella, en Setiembre de 1376, el Obispo le presentó una acta de acusación contra los frailes franciscanos; pero al siguiente día se le halló al acusador de los benditos monjes, degollado en su mismo lecho". Naturalmente los matadores del Obispo y engañadores de Gregorio IX fueron los franciscanos, según el erudito autor de *La Razón*. Sospechando que no sería Gregorio IX este Papa candoroso, que asoma viajando por Marsella en 1376, en lugar de estarse quietecito en Roma, nos fijamos bien en el texto del Sr. Peralta. Sí, el mismo Gregorio IX y su nombre está repetido al pie de la página, en la cita que de la vida de este Pontífice hace con referencia á un Fr. José de Alvarez, que aparece ahí como llovido para

(1) Blakey.—Beneficios temporales del cristianismo.

sacar verdadero al autor. Mas, oh pasmo! oh desengaño! oh desilusión! Gregorio IX no vivió en 1376 sino en 1227, esto es, CIENTO CUARENTA Y NUEVE años antes!

Veamos á Cantú: "1227.—Sucesor de Honorio III fué Gregorio IX de la familia de los Condes de Agnani; tenía ya ochenta y cinco años, pero pareció rejuvenecerse al llegar á ser depositario de las llaves eternas.... murió en 1241" (1).

Leamos en De Feller: "Gregorio IX (Hugolino) Cardenal Obispo de Ostia sucedió á Honorio III en 1227. Era sobrino de Inocencio III; falleció el 21 de Agosto de 1241" (2).

Rohrbacher, Henrion, Richou, Ducreux, Rivière, Wouters, y Darras dicen lo propio; este último (3) en los siguientes términos: "Honorio III murió en Marzo de 1227, le fué dado por sucesor el Cardenal Obispo de Ostia, no obstante su resistencia y avanzada edad, bajo el nombre de Gregorio IX." Ni es la mejor vida de este Papa la de ese problemático Fr. José Alvarez, que quiere el autor de *La Razón*, sino la de Gerardo Vosio publicada en Roma en 1587, junto con las cartas de ese gran Pontífice, las cuales andan igualmente en los Anales de Wadding y *l'Italia* de Ughelli.

Según esto tenemos, ó que Gregorio IX el insigne Pontífice adversario del desleal Federico II de Alemania, resucitó ciento y más años después de su muerte para ir á Marsella á escuchar las consejas narradas por el Sr. Peralta, ó que este Señor estuvo no muy despierto cuando nos las refiere con tan singular donaire; y á este segundo supuesto nos atenemos. ¡Vaya si es pifia fenomenal, resucitar á los muertos para hacerles vagar por andurriales donde nunca anduvieron!.....

(1) Cantú—Hist. Univ. Tomo 4º pág. 88. Citamos con frecuencia á Cantú, por ser su obra bastante conocida.

(2) De Feller—Biograf. univ. Tomo III pág. 382.

(3) Darras. Hist. de la Igles. Tom. 28, pág. 565, edic. de Paris—1881.

Vindex.